

que se abría, y apareció don Rodrigo de Santillana.

—Antes de que esta desdichada vuelva en sí, dijo Yhaye, es necesario que esté fuera de Madrigal.

—Podeis partir con ella y con sus hijos cuando queráis. Hacedme la merced, monseñor, de manifestarme el lugar en que han de residir fuera de España, á fin de que yo pueda cumplir con ellos, con la madre y con los hijos, el encargo que me ha cometido el rey.

—Les basta con la proteccion de Dios, y con la de la República de Venecia; el dinero del rey don Felipe llegaría á sus manos teñido con la sangre de su padre. Haced que avisen á mis servidores y á las doncellas que he traído conmigo, para que los trasladen al coche.

VIII.

Mirian desmayada, y sus dos hijos dormidos, fueron sacados de la cárcel y puestos en uno de los voluminosos coches de camino de aquel tiempo.

—Adios, don Rodrigo, dijo Yhaye; el dia en que os mate el remordimiento, me volvereis á ver; yo vendré para llevar en vuestra hija al Estado veneciano, otra hija adoptiva.

Y Yhaye salió, dejando aterrado á Santillana.

En la puerta de la cárcel montó á caballo, y el coche se puso en marcha, yendo á su lado Aben-Shariar, y detrás diez criados á caballo, armados á la gineta.

Cuando salían de Madrigal, empezaba á amanecer.

CAPITULO XXVIII.

Que es el más lúgubre de la historia, como que en él acontece la catástrofe.

1.

Gabriel de Espinosa no había creído fuese cierto se llevase á cabo su sentencia de muerte.

Habia dudado un momento, pero despues se habia rehecho, y á esto habia contribuido fatalmente la terrible serenidad de Sayda Mirian.

—No, no, decia Gabriel de Espinosa; si mi muerte fuera cierta, ningun poder humano la hubiera separado de mí; hubieran corrido sus lágrimas; solo desmayada hubieran podido arrancarme de sus brazos; no, es que han querido probarme de todas maneras hasta por medio de ella para aterrarme, para hacerme decir lo que no diré nunca, ni aún en la horca y ya con el dogal á la garganta.

II.

Los frailes se esforzaban en vano por hacer comprender á Espinosa que la sentencia no era una farsa, sino una terrible verdad.

A avanzaban las horas, y llegaron las diez de la mañana sin que los religiosos hubieran logrado que Gabriel de Espinosa se preparase como cristiano á una muerte en la cual no creía.

Y este era el mayor misterio que habia dejado entrever Gabriel de Espinosa, que ponía á todos espanto cuando les decía:

—Dejen vuestras mercedes esa tenacidad en hacerme creer que el rey ha de mandarme matar, porque el rey no puede atreverse á tanto.

¿Quién era, pues, aquel hombre que decía que el rey no podía atreverse á matarle?

III.

Desde este momento la historia va á hablar por nosotros; nos repugna ocuparnos de los últimos y terribles momentos de Gabriel de Espinosa, que es para nosotros como lo fué para sus contemporáneos, un sombrío misterio.

Hé aquí lo que dicen unas memorias anónimas manuscritas de aquel tiempo.

IV.

«.... Y con esto y traerle el padre otras razones para mejor disponerle y persuadirle que mientras más afrentosa era la muerte, era mayor ganancia para su alma, se despidió de él no descontento y satisfecho que estaba del todo persuadido que veía tan de veras el negocio, y que su muerte era cierta para aquel día, y temiendo que con esta engañosa persuasión con que Satanás le tenía embelesado, no habria hecho la confesión como convenia, librando el hacerla para el pié de la horca si fuesen veras las que él parecia tener por amenazas, despues de haberle á él apuntado cuán peligroso era librar nada, y cosa tan importante para aquel trance en que apenas sabia de sí, fuimos el padre y yo al alcalde y le significamos el descontento y temor que traíamos, diciendo que era menester tomar algún buen medio para que aquel hombre acabase de salir de aquel engaño y creer cuán poco tiempo tenía de vida. Y el medio que el alcalde tomó, fué mandar que al punto le llevasen el seron y le pusiesen á donde él le viese, y tras esto le pusiesen la sogá á la garganta y atasen las manos con un crucifijo en ellas, como si luego hubieran de sacarle á ajusticiar, con lo cual acabó de abrir los ojos y entender que no eran burlas ni amenazas; y clamando por su confesor y trayéndosele, estuvo un gran rato con él á solas confesándose y ordenando sus cosas, á lo que por defuera parecia muy de otra manera que hasta allí, porque dió muchas muestras de devoción y de conformarse con la

voluntad de Nuestro Señor, aceptando la muerte como de su mano. En esto llegó la hora de comer, lo cual él hizo, y durmió muy de sosiego un buen rato despues de la comida como si nada hubiera de pasar por él. En despertando volvió á pedir su confesor y estar con él otro rato á solas, y él y los frailes descalzos le acompañaron, procurando conservar y llevar adelante la buena disposicion que parecia tener, hasta que llegó la hora de sacarle á arrastrar, que fué á las cuatro de la tarde, y poco antes entró á verle un regidor de Medina, en el cual por verle bien tratado y parecerle cosa de sacostumbrada visitarle personas semejantes, reparó en él mirándole de piés á cabeza, y dijo: ahora acuerda el rey enviar quien me conozca. Y esto dijo por dos veces, y asegurándole que no habia tal, ni mencion de esto, le llevaron y pusieron en el seron, ayudándole cantidad de religiosos de aquella comarca que se hallaron presentes, y luego comenzó el pregon que decia cómo se hacia aquella justicia á aquel hombre por traidor al rey nuestro señor y embustero, y por qué siendo hombre vil y bajo se habia querido hacer persona real. Y oyendo él decir que traidor, dijo: eso no. Y cuando dijeron ser hombre vil y bajo dijo: Dios lo sabe. De esta manera llevaron por gran parte del lugar, y llegando al pié de la horca y sacándole del seron, se puso á mirar á todas partes con tanta entereza y señorío que no pudiera hacer más si entrara en alguna justa ó torneo. Y poniendo los ojos en la ventana de la cárcel donde el alcalde estaba (porque si fuese menester algo tocante á la ejecucion de la justicia, ó por si Espinosa quisiese declarar ó decir algo de importancia

como habia prometido algunas veces de hacerlo, se quiso hallar allí) acometió á hablarle desde aquel sitio; pero el padre de la compañía con quien se habia confesado, se lo estorbó diciéndole: mire, hermano, si tiene que reconciliarse, que ahora esto es lo que hace al caso y en lo que debe poner los ojos y no en otra cosa. El con esto se hincó de rodillas diciendo: razon tiene, padre, reconcílieme. Y habiéndolo hecho, fué subiendo la escalera y dando aquellos postreros pasos, subiendo con el padre descalzo por una parte en la misma escalera, y por otra escalera el de la compañía. Y cuando ya le parecia á él que habia subido y queria volver el rostro hácia donde le habian de tener diciéndole el verdugo: suba otro escalon, dijo con gran solemnidad: esto más nos falta. Y subió. Luego, pareciéndole que el cordel que tenia al cuello no estaba bien puesto, levantó la mano y le compuso con el mismo aire que si compusiera una lechuguilla (1) y parecia que hacia burla de la muerte y de quien se la daba. Y hecho esto, se volvió hácia donde estaba el alcalde, y poniendo los ojos en él dijo: ¡Ah, señor don Rodrigo! Y el padre descalzo le apretó el Crucifijo en la boca, impidiéndole que no saliese con alguna palabra airada que escandalizase, y diciéndole: ¿Qué es esto, hermano? Dios sea con él. ¿Ahora acuerda con esto? ¿Qué le queria? Respondió: pedirle perdon. Mas el padre dijo despues, que en cuanto á él podia entender, queria citarle para el juicio de Dios, y despues de haberle sosegado y hecho hacer algunos actos de contri-

(1) Especie de cuello ó gola rizada.

cion, ó á lo menos dado muestras de ellos, hizo su oficio el verdugo, tardando buen rato en ahogarle.»

V.

Perdónennos nuestros lectores si no nos hemos atrevido á tomar por nuestra cuenta el relato del desastroso fin de aquel misterioso personaje, que se llamó Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal.

Si fué el rey don Sebastian ó no lo fué, cosa es que está envuelta en el misterio, y en un misterio que no puede aclarar la lectura del proceso, ni la de infinitos documentos históricos de que nos hemos valido, por lo cual, nuestra novela es casi una historia.

Nosotros no hemos hecho más que embellecerla dándola, á más del interés dramático que ella tiene en sí, un interés romancesco.

Gabriel de Espinosa es la última figura sombría del reinado de Felipe II, figura gigantesca, á la que agrada el misterio que tiene en torno de sí algo que aterra.

Porque, ¿quién á la vista del proceso se atreverá á afirmar que Gabriel de Espinosa no era el rey don Sebastian?

¡Y si era el rey don Sebastian, qué leyenda tan sombría y tan terrible!

Es la de Gabriel de Espinosa una historia que no puede leerse sin estremecimiento.

La tinta más negra que aparece sobre la terrible y espantosa semblanza del rey Felipe II.

¡Dios! ¡Solo Dios sabe la verdad!

El misterio que envuelve el nombre de Gabriel de Espinosa no pueden ya desvanecerlo los hombres.

Ni aún ha podido saberse lo que dice la firma que este desgraciado puso al pié de sus declaraciones en el proceso.

Nada se lee allí.

Y sin embargo, está escrita con mano firme y de una manera nerviosa.

Nosotros, pues, dejamos en pié el misterio y no nos atrevemos á decir que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.